

César Vallejo, precisamente por la anexión de la cultura y la economía a través del trabajador, objeto principal de los nuevos planes educativos.

Del ropaje modernista a lo corpóreo, de lo corpóreo a los versos descarnados de *Trilce*, la progresiva desnudez de su estética tiene mucho que ver con un adueñarse el hombre del poeta, con un compromiso con la literatura y no con lo literario, y una vez muertos aquellos a quienes admira, con figurar o fingir compromisos que no fuesen sentidos. La progresión se advierte desde ese primer momento en el que envía sus composiciones a poetas mayores para recabar opiniones, como es el caso de Eguren, o a periódicos para su publicación hasta, una vez publicado *Trilce* en 1922 que es recibido con un gran silencio e incompreensión crítica, ese asumir en su totalidad la responsabilidad de su estética, como le confiesa a Antenor Orrego: «Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora obligación sacratísima de hombre y de artista ¡la de ser libre!»<sup>12</sup>

La dignidad de la conciencia literaria de Vallejo está en su absentismo cada vez mayor de los cenáculos pero no del mundo ni de la condición humana. Es ese absolutismo del creador del que hablaba Sartre, frente a lo relativo de las doctrinas, el absolutismo que algunos alcanzan cuando combaten su época, la aman con pasión e incluso aceptan morir por ella. Es ese quedarse «Desnudo en barro» de *Los heraldos negros*: «Y madrugar, poeta, nómada / al crudísimo día de ser hombre». La inestabilidad espiritual del poeta no es producto de estos versos únicamente por un estar antes, sino por estar también en muchos sitios, que podría responder a una concepción del hombre como tránsito, en un proceso de negación y superación, de muerte y resurrección. El nomadismo de Vallejo parece superficialmente tener unas causas muy concretas, su partida de Trujillo el 27 de diciembre de 1917 pudo estar motivado por los amores desventurados con Zoila Rosa Sandoval, «Mirtho», y por los celos que pusieron en sus manos un revólver. Celos que rompen esa forma perfecta de amor que se representa por la fidelidad de la madre al hijo y que transforma cruelmente todas las demás relaciones que no pueden compararse a ésta. El placer sexual es para Vallejo pasajero porque le aleja sólo momentáneamente de esa interminable caída en la angustia, en el absurdo. Además el amor siempre tiene las horas contadas, porque es ese «Lomismo» que aparece al principio de *Trilce* el que marca el tiempo.

Pero seguramente el viaje a Lima tuvo también otros motivos, el protagonismo activo que por primera vez estaban teniendo las provincias en la segunda década del siglo XX en la historia y la literatura peruanas, se refleja en una actitud de enfrentamiento con parte de la conservadora, y mediocre, intelectualidad limeña, así como de reconocimiento y de adhesión del resto. Lima, que no actúa ya como exclusivo centro difusor de ideas, ciudad letrada que se parapeta tras el orgullo profesional, a pesar de todo sigue atrayendo a sus neófitos. Allí están los enemigos, pero a su vez los grandes maestros, allí están González Prada, Valdelomar y Eguren.

Nada más llegar a Lima, en 1918, Vallejo va a iniciar su futura y extensa colaboración periodística entrevistando para dos periódicos de Trujillo a los tres escritores anteriores. En estos artículos sus tres personajes expresan un mismo sentimiento de crítica,

<sup>12</sup> César Vallejo, Epistolario general, op. cit., p. 16.

queja o de rechazo que van desde el comentario más osado de Valdelomar «Ya ve usted hay tantas gentes imbéciles. Yo tengo que huir de tantas», refiriéndose a sus «luchas con los prejuicios, con la obesidad ambiente, con las testas consagradas», la confesión un tanto dolida de Eguren «¡Oh!, cuánto hay que luchar; cuánto se me ha combatido», hasta el consejo radical de Prada «hay que ir contra la traba, contra lo académico».<sup>13</sup> Aunque Vallejo comparta en su totalidad estos mismos juicios es cierto que su relación, no tanto con estos escritores, como con la literatura peruana es una ecuación, cuya variable dependiente fue la cárcel y cuyos números formaron un poemario.

Pero la historia no comienza aquí, este joven poeta, que entonces contaba 26 años, no puede esconder en estos artículos su aclamación entusiasta por la labor de *Colónida*, el tono reverencial de su actitud ante González Prada, «el maestro deja caer palabras que nunca soñé escuchar», y el matiz modernista con el que parece envolver su entrevista con José María Eguren. Después de las muertes de su hermano Miguel y de su madre, las de don Manuel y Valdelomar fueron las que conmocionaron más profundamente a Vallejo. El solía ir frecuentemente a la Biblioteca Nacional y visitó varias veces a su entonces director, Manuel González Prada, el auténtico precursor ideológico de todas las vanguardias, fuesen obreras o intelectuales, que teniéndolo como fuente en común no tardaron mucho en aliarse, y uno de los primeros defensores del indio. Para Vallejo es sin lugar a dudas el capitán de las generaciones, a su muerte le dedicó el poema «Los dados eternos». Abraham Valdelomar representa para nuestro poeta el centro propulsor de lo que él llamaría más tarde la Generación de 1916, integrada por quienes «fomentan su ímpetu creador en austera y profunda dignidad artística. Vienen celosos de su rol de infinito y llenos de una pura y elevada comprensión artística, muestran el pulso del nudo al aire, contraen su compromiso de vida y de labor con el ambiente, piden espacio y respeto para su pluma y se echan a la esteva triptolémica».<sup>14</sup> Los tres grandes poetas de esta generación son para Vallejo: Eguren, Percy Gibson y Ernesto More. Pero lo que más nos interesa de su clasificación es la fusión que en ella realiza de los miembros de la bohemia de Trujillo, exactamente de Alcides Spelucín, Oscar Imaña y Antenor Orrego, con los colónidas.

Según Luis Alberto Sánchez había sido el mismo Valdelomar el que había confirmado «aquella asociación de talentos con su presencia y hasta con un imaginario sepelio de sí mismo, bañado de rosas que le eran arrojadas por Antenor Orrego y el músico Carlos Valderrama».<sup>15</sup> Prueba que respalda la importancia que tendría esta figura para él, que además se acrecentaba por ser Valdelomar el primer escritor, en la narrativa del siglo XX, de cuentos con temas indígenas. Quizá por este motivo, la atracción que siente Vallejo por *Colónida* se centra exclusivamente en él y no en su grupo, que vive y crea vuelto de espaldas a lo peruano.

La publicación de *Los heraldos negros* se retrasó un año a la espera del ansiado prólogo que Valdelomar le prometió a su autor y que nunca llegó. A su muerte las palabras que escribe Vallejo, llorando y sobrecogido de angustia y desesperación, conforman una bella elegía:

<sup>13</sup> César Vallejo, *Crónicas*, op. cit., vol. I, pp. 101-111.

<sup>14</sup> César Vallejo, «Literatura peruana. La última generación», *Crónicas*, op. cit., p. 142.

<sup>15</sup> Luis Alberto Sánchez, *Prólogo a Colónida*, op. cit., p. 10.

Sí, estás viajando hermano nada más. Y volverás Abraham, pronto. Te espera tu madre; te esperamos nosotros, tus hermanos todos. [...] Abraham Valdelomar ha muerto. El hombre bueno e incomprometido; el niño engraido, con noble y suave engraimiento; el mozo luchador, el efebo discutido del arte; el vencedor de la muerte y del olvido. Abraham Valdelomar ha muerto; el cuentista más autóctono de América; el nombre más sonoro de la última década de la literatura peruana. Las campanas de la basílica lírica están tocando vacante...<sup>16</sup>

Con José María Eguren, nuestro poeta estaba condenado a no entenderse nunca, el hermetismo decadentista o prerrafaelista del poeta barranquino, esa dificultad congénita de lo que a veces se muestra con figuras de guiñol se opone a la reivindicación de lo prosaico que para César Vallejo empieza a representar la esencia lírica. Olvidar las influencias del Modernismo por una voluntad de estilo más universalista produjo una desvinculación clara con Eguren. No es de extrañar que llegado cierto momento éste fuese incapaz de comprender la poesía de Vallejo, éste es el comentario que le hizo a Ciro Alegría: «Vallejo es un hombre de gran sensibilidad pero no traduce esa sensibilidad de manera poética. Cuando yo leo versos suyos en los que dice *poto de chicha* o algo por el estilo, me desconcierto. Eso no es poesía. Es difícil imaginar nada menos poético. ¡*Poto de chicha!*, ¡*poto de chicha!* suena vulgar e inclusive antipoético. Si no siempre dice cosas como *poto de chicha*, por ahí van las otras. La verdad es que no entiendo a Vallejo».<sup>17</sup>

Ininteligible para Eguren y muertos González Prada y Valdelomar la orfandad literaria de Vallejo es absoluta, ella tendrá un decisivo papel en su producción lírica de 1919 a 1921. No nos extraña entonces su decisión de viajar en abril de 1920 a Santiago de Chuco para visitar a la familia deteniéndose antes en Trujillo, si pensamos que a los hechos anteriores se suma la ruptura de relaciones con su amante limeña, la joven Otilia Villanueva, en agosto de 1919, ante la negativa a un matrimonio que legalizase el embarazo. Vallejo está huyendo de Lima, que le impide tener el equilibrio y el reposo suficiente para mantener su voluntad desesperada de querer ser uno mismo, la capacidad de futuro, incluso como categoría verbal está liquidada, en Lima no están por venir, son «sido». Pero Vallejo, «tengo fe en que soy», se orienta sumergiéndose en su propio yo, en su propia transparencia, regresándole por dentro, ya sin amada, sin madre o sin ganas para luchar, su brújula interna marca al Norte.

Pero como si hubiese querido escapar de lo que ya era, la cerrazón de Lima ya era una cárcel, se vio envuelto en el clima de tensión política y de disturbios que se vivió en Santiago de Chuco una vez terminadas las fiestas patronales. Sus cuatro meses de cárcel, del 6 de noviembre de 1920 al 26 de febrero de 1921 en Trujillo, acentuaron ese sentimiento de soledad, que se hace insostenible cuando publicado *Trilce* en 1922, y no estando ya sus admirados maestros que pudiesen respaldar, con sus palabras de elogio y de ánimo la profunda significación e importancia de este poemario, César Vallejo observa cómo esa rehabilitación que la justicia le otorgó tan tarde, se rompe en mil pedazos, cuando el fruto incierto de tanto sufrimiento no es recogido.

Puede que Vallejo hubiese confiado demasiado en representar un papel que nadie le había ofrecido y que ya otro actor tenía ensayado, José Santos Chocano, que regresa

<sup>16</sup> César Vallejo, «Abraham Valdelomar ha muerto...», Crónicas, op. cit., vol. I, pp. 114-115.

<sup>17</sup> José María Eguren, Obras Completas. Lima, Mosca Azul Editores, 1974, p. 436.

en olor de multitudes a su patria justamente cuando meses después se publica *Trilce*, en octubre de 1922. El título que originariamente le dio Vallejo a esta obra, *Los cráneos de bronce*, y su empeño en firmarlo como «César Perú» nos muestran ese deseo por liderar una vertiente poética autóctona, que sin embargo difiere mucho por su serenidad e intimismo del manierismo de Chocano.

Una vez publicados todos sus textos, *Escalas Melografiadas* y *Fabla Salvaje* salen a la luz el 15 de marzo y el 16 de mayo de 1923, como si quisiese descubrirse por completo, decide marcharse a París, pero antes pudo haber pronunciado las mismas palabras que en alguna ocasión dijo Zarathustra:

¡Vedlos —se dijo— cómo ríen! No me comprenden, no es mi boca la adecuada a esos oídos. ¿Será preciso destrozar sus oídos, para que aprendan a oír con los ojos? ¿Habrá que atronar al modo de los tambores o de los predicadores de la Cuaresma, o de los misioneros? ¿O será más bien que sólo hacen caso de los tartamudos?

**Gema Areta Marigó**



Foto: Carlos Domínguez